

## CARTA A ALBERTO SÁNCHEZ (Toledo 19/11/95)

ANDRÉS LEÓN LEÓN

Correspondiente

Querido Alberto, perdón por no llamarle don Alberto Sánchez, pero eso enfadaría a Pablo Picasso que dijo de usted: «Todos le llamábamos Alberto y ya casi nadie se acordaba de su apellido. Alberto, a secas, era suficiente, porque solo había un Alberto».

Hace un cuarto de siglo, cuando su cuerpo llevaba ocho años que había dejado de existir, tuve mi primer *conocimiento* de usted y de su obra. Entonces yo era un joven que empezaba a internarse por el saber y la degustación de las artes plásticas, una aventura apasionada eso de descubrir cada día obras de arte, tendencias y artistas. En ese tiempo conozco a Venancio Blanco, Chirino, Pablo Serrano, Chillida, Lucio Muñoz y el toledano Canogar. Pero mi primer hallazgo es en 1970 gracias a un artículo publicado en la revista Blanco y Negro, firmado por Enrique Azcoaga y titulado «Alberto Sánchez, pionero del Arte Moderno Español», una frase que acierta de pleno.

Después, algunos encuentros más, como la monografía amplia y oportuna para el conocimiento de usted que publicó la Editorial Corvina de Budapest en el año 1964, escrita por el arquitecto y urbanista, su cuñado Luis Lacasa que firma con el seudónimo de «Ter Martín».

En marzo de 1974 una pintura subastada en la sala madrileña de Ansorena, acuarela y temple sobre cartón, proyecto del decorado central de «Fuenteovejuna» de Lope de Vega, hecho para el Teatro Universitario «La Barraca», firmado y fechado en Madrid 1933 dedicado a Félix Alonso.

Especial para mí, fue la exposición en la Galería Tolmo de

Toledo de 1974. Así, pude contemplar en vivo y en directo las creaciones suyas que conocía por fotografías.

Nueve años más tarde, en 1983, en Toledo disfruté una vez más, ahora con una gran exposición en el Palacio de Fuensalida y en la Galería Tolmo, patrocinada por el Ministerio de Cultura. Y más y más exposiciones, y homenajes, y libros, y artículos de prensa, y conferencias... había que recuperar el tiempo perdido, que ha sido mucho, desde que en 1938 fue usted enviado a Moscú por el Gobierno de la República para encargarse de la enseñanza del Dibujo en las escuelas de niños españoles. Y ahora, si viera lo que hay en mi mesa... unos cuantos libros y varias carpetas con catálogos, recortes de prensa y escritos sobre Alberto Sánchez. Desde luego que algo hemos recuperado de la deuda que tiene España y Toledo con usted, y así hay que continuar.

Me gustaría hacerle algunas preguntas y algunas observaciones, aunque reconozco que, como diría el cantante y poeta norteamericano Bob Dylan, «la respuesta está en el viento».

¿Quién era aquel amigo apellidado Jiménez, dependiente de una farmacia en Madrid, que le enseñó por la noche a leer, a escribir y un poco de cuentas, sin advertir que estaba creando con ello uno de los lectores más voraces e incansables?

¿Qué le parece que en mayo de 1992, en la Galería Jorge Mara en Madrid hemos podido contemplar una muy completa exposición de la obra del uruguayo Rafael Barradas? Desde luego que era una deuda que tenía el arte español con su amigo, pues desde que en 1929 Josep Dalmau le tributara en su sala pionera un homenaje póstumo, nunca se había vuelto a ofrecer en España, donde residió entre 1914 y 1928, un conjunto tan importante de obras de él. ¿Recuerda aquellos años de 1922 y 23 cuando frecuentaba el Café de Oriente, de la Puerta de Atocha, y conoció a Rafael? Qué importancia tuvo para usted aquella amistad, culpable de su iniciación en las corrientes de las artes plásticas contemporáneas.

Estoy de acuerdo con Azcoaga, que la moderna vía artística en España tuvo un punto de partida que fue en la Exposición de Artistas Ibéricos, celebrada en Madrid, año 1925 en el Círculo de Bellas Artes, donde se estrenó usted; debió ser un suceso revulsivo, ya que un pintor tan tradicional como José Gutiérrez Solana, y otro abierto a las posibilidades modernas como Daniel Vázquez Díaz, tenían algo de «ovejas negras» por su concepto.

Al poco tiempo se abría con nuevas pretensiones modernas, con un afán de ir más lejos en lo expresivo, la «Exposición del Botánico», que tuvo lugar en el jardín madrileño. Allí estuvieron las obras de Dalí, Bores, Cossío, Palencia, Valle, Frau, Ucelay entre los pintores y como escultores, Ferrant y Alberto Sánchez, que significaron un deseo de renovación, de lucha por el arte nuevo, convertidos en predecesores de todo aquello que desde entonces y hasta hoy ha supuesto entre nosotros, tentativas ambiciosas, deseos de expresividad arriesgada, responsable inquietud; realmente constituyó un vitalísimo revulsivo.

Y después, en 1926, con el propósito de «levantar un nuevo arte nacional», funda con Benjamín Palencia la «Escuela de Vallecas». Mientras Picasso, Juan Gris, Julio González y Joan Miró, entre otros, se trasladan a París en busca de horizontes artísticos más altos y crean la «Escuela de París», usted y Palencia quieren ser profetas en su tierra.

¿Por qué el pintor albaceteño después de la Guerra Civil crea la segunda versión de la Escuela y olvida casi por completo el origen de ella y especialmente el nombre de Alberto? ¿Tanto miedo tenía de que fuera asociado con un español que estaba exiliado en Moscú? Habrá que comprender y perdonar. Esos años de la década de los cuarenta fueron tiempos difíciles para todos, para los artistas que quedaron y para los que salieron.

Cómo le envidio por haber participado en las tertulias que se hacían en el chalet de Chamartín de Luis Lacasa, donde conoció a

Federico García Lorca y a Eduardo Ugarte, directores del Teatro Universitario La Barraca. Tuvo que ser emocionante hacer para «La Barraca» los decorados y los figurines de «Fuenteovejuna» en 1932.

Estará conmigo que para usted fueron buenos tiempos aquellos de la República, cuando en 1932 gana una plaza en concurso promovido por el Ministerio de Instrucción Pública de profesor de dibujo de Instituto de Segunda Enseñanza, destinado al Instituto del Escorial dirigido por el pedagogo Rubén Landa. Allí tuvo como alumnos a los hijos de Ramón María del Valle Inclán, Jaime y Carmelita. En ese pueblo madrileño conoció a la hija del pintor Francisco Sancha, Clara. Con ella se casó en 1936. ¡Qué año eligieron para casarse!, el año que estalla la Guerra Civil, o mejor dicho, la Guerra Incivil. Recuerdo las palabras del escritor francés Saint Exupéry, autor del «Principito», que estuvo de corresponsal de guerra en la contienda: «Una guerra civil no es en absoluto una guerra, sino una enfermedad».

Hablando de Clara, debe saber que ya que usted no pudo regresar a España, ella y su hijo Alcaén, residen desde 1979 en Madrid.

Qué pesadumbre de viaje sin retorno aquél hacia el exilio en 1938. Hasta la frontera con Francia en autobús, luego en tren hasta París y en barco hasta Leningrado. Usted, su esposa y su hijo que tenía dos años, más las tres sobrinas de Antonio Machado y Amaya, la hija de Dolores Ibarruri, se despidieron de quienes les acompañan hasta Irún: «la Pasionaria» y el gran poeta.

Debe saber que, gracias al trabajo de su familia y de amigos, se ha rescatado, no sin dificultades una gran parte de su obra, que ahora afortunadamente, pertenece al tesoro cultural español. Creo que con el tiempo algunas más irán apareciendo. Esto parece indicar que, pese a las más adversas circunstancias, el pueblo español ha sentido un profundo respeto por el patrimonio artístico, y en lo

posible ha procurado conservar, en lugar de destruir, pese a los peligros que eso hubiera podido entrañar en un época tan dura como la posguerra. Me ciño literalmente a una noticia en la prensa en diciembre de 1988. Al hacer una persona unas obras en su domicilio de Madrid, el techo comienza a hundirse y queda al descubierto un recinto estanco en el piso superior, se asoma y ante sus ojos aparecen una serie de escombros y tres esculturas. Con los mayores cuidados, y ante el evidente peligro que corren, extrae dos de ellas, pero la tercera es demasiado grande y no puede salir, por lo que queda nuevamente emparedada. Informa a varias personas de su descubrimiento y se establece una especie de cadena humana interesada en la protección de unas obras que, evidentemente, son de Alberto Sánchez y se encuentran en estado de visible deterioro en un lugar que antes había sido estudio del escultor y en la actualidad se había convertido en refugio de palomas. Ahondando en la historia nos enteramos de que antes de su obligado exilio, Alberto había dejado en su buhardilla varias esculturas que nunca pudo recuperar, y posteriormente algunos familiares que ocuparon esa vivienda se vieron obligados a ocultarlas.

La primera de las obras halladas, «Cabeza de Góngora», es parte de la maqueta de monumento presentada al concurso nacional de escultura de 1930 y se trata de un autorretrato del propio Alberto.

La segunda, una «Figura de mujer» en altorrelieve, encierra, un interés mayor al marcar una etapa intermedia en su paso del neocubismo a la plenitud de las obras de la época de Vallecas. La tercera escultura, volvió a ser tapiada, y parece ser similar a la anterior.

¿Qué le parece esto? Cuántos secretos se llevó usted y cuantas incógnitas dejó.

Qué daría Toledo y España por saber qué ocurrió con lo que sería su última obra monumental, que ejecutó antes de su partida

hacia el exilio, una impresionante escultura de doce metros, «El pueblo español tiene un camino que conduce a una estrella», que presidió el pabellón español de la Exposición Internacional de París. En este pabellón que fue proyectado y realizado por su cuñado Luis Lacasa y José Luis Sert, expuso Picasso su famoso cuadro «Guernica» y varias esculturas; también Julio González su «Montserrat» y Joan Miró una gran pintura mural.

Me resisto a admitir que jamás aparecerá esta obra y que nos tendremos que conformar con el boceto que se encuentra actualmente en el Museo Reina Sofía.

Qué tristeza sentí cuando me enteré en enero de 1993, que su escultura «Bailarina» que estaba expuesta en la colección permanente del Museo Nacional Centro de Reina Sofía, se rompió al ser empujada por un visitante y caer al suelo. Bueno, que sepa que esta escultura de cemento coloreado ya ha sido restaurada.

Qué suerte la suya de haber tenido el afecto y el reconocimiento de lo más granado de los protagonistas del arte español de este siglo, los poetas Miguel Hernández, Rafael Alberti, Luis Felipe Vivanco, Blas de Otero, el novelista, director teatral y crítico musical también exiliado en Moscú, César Arconada, el escritor José Bergamín, el filósofo Dionisio García, el director teatral Sánchez Mejías, el cineasta Luis Buñuel, el escultor Cristino Mallo y los pintores Pablo Picasso, Luis Castellanos, Juan Manuel Díaz Caneja y Maruja Mallo. Los escritores hispanoamericanos Pablo Neruda, Raúl González Tuñón y César Vallejo. También el poeta Juan Rejano. Y los rusos como el pintor vanguardista Piotr Konchazovsky y el director de cine Kosintzen.

Ya en los últimos renglones de esta carta, tengo que decir, que en alguna ocasión usted afirmó que siempre ha considerado su arte un arte revolucionario, que busca la vida; qué acierto en su palabras, pero a esto hay que añadir que su arte ha encontrado la vida eterna.

Alberto, toledano y español. Quién mejor para definir lo primero, que Alberti en un poema dedicado a usted con aquello de «A ti, cal viva de Toledo». Y que detalle el suyo, tan español, que tuvo que morir un día tan hispano como el 12 de octubre.

Alberto Sánchez, por los siglos de los siglos, gracias por dejar tanta huella en el camino.